
868
P1315
xi
A 467132 DUPL


University of Michigan Libraries



TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

PAGANO

NIRVANA

CUATRO REALES

NIRVANA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La Balada de los sueños, novela.

Al través de la España literaria, 2 tomos.

Barcelona.

Biblioteca "Teatro Antiguo y Moderno" de Barcelona:

Más allá de la vida, drama en 3 actos.

El Dominador, drama en 4 actos.

Nirvana, comedia dramática en 3 actos.

Almas que luchan, alta comedia en 3 actos.

Bárbaros y Europeos, filosofía y crítica.

EN PRENSA

De mis peregrinaciones.

EN PREPARACIÓN

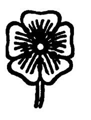
Ley de amor, alta comedia en 3 actos.

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO - Vol. 33

JOSÉ LEON PAGANO

NIRVANA

Comedia dramática en tres actos



LIBRERIA DE ANTONIO LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA DEL CENTRO, 20.—BARCELONA: : : : : : : : 1906.

De esta obra se han
impreso 25 ejemplares
sobre papel de hilo.

El corazón tiene razones que la razón no conoce.

PASCAL.

Las pasiones engendran á menudo otras que les son contrarias...

LA ROCHEFOUCAULD.

PERSONAJES

LUCIANA.

MAURICIO.

ANA (madre de

CARLOS. }
SOFÍA. }

PAPA ANTONIO (abuelo de ambos.)

JORGE.

LUCÍA.

DANIEL.

MARCELA.

CLOTILDE.

ALBERTO.

MÁXIMO.

ADELA.

CLAUDIO.

Acción contemporánea.

Esta obra fué estrenada en el teatro SAN MARTIN, de Buenos Aires, la noche del 3 de Noviembre de 1904.



ACTO PRIMERO

Sala lujosa en casa de LUCIANA. En el foro puertas de cristales por las que se ve el salón. A la derecha una ventana, que se supone da á la calle; á la izquierda una puerta que conduce á las habitaciones de LUCIANA. En primer término, izquierda, una chimenea encendida, junto á ella una «chaise-longue»; luego una mesita, un sofá y sillas. Esparcidos en el salón y en la sala, profusamente, ricas cestas de flores.

ESCENA PRIMERA

MARCELA; luego LUCIANA

MARCELA.—*(Al levantarse el telón está ocupada en quitar las tarjetas que acompañan las cestas de flores y las va colocando en una bandeja de plata.)*

LUCIANA.—*(Viene por la izquierda, arropada en un abrigo de pieles. Camina con laxitud y displicencia).* ¡Marcela, Marcela!...

MARCELA.—Señora.

LUCIANA.—Abre las ventanas; estas flores encerradas aquí toda la noche. No se respira.

MARCELA.—Al instante. *(Abre.)*

LUCIANA.—*(Va hacia la ventana, y respira el aire á plenos pulmones).* ¿Ya quitaste las tarjetas de las flores?

MARCELA—Sí, señora. *(Va hacia el salón, y vuelve con la bandeja en la cual ha colocado las tarjetas.)*

LUCIANA.—Déjalas sobre la mesita, allí.

MARCELA.—*(Indicando otra bandeja que está sobre la mesa).* Estas son las tarjetas que acompañaban las cestas que quedaron en el teatro.

LUCIANA.—Bueno, bueno. *(Se deja caer sobre la «chaise-longue». Permanece con los ojos cerrados y las manos detrás de la cabeza, como si soñara. Luego, exaltada por una idea, examina febrilmente las tarjetas, una por una).* ¡Todos, todos están aquí, hasta ese imbécil de Máximo! Menos él... *(Arroja despechada las tarjetas, y da algunos pasos con agitación. Luego:)* ¿Estás segura de que han recogido todas las tarjetas?

MARCELA.—Todas, menos la de una cesta que no la traía...

LUCIANA.—Ah!...

MARCELA.—...y que no se sabe quien la envió.

LUCIANA.—¿Cuál es?

MARCELA.—La más hermosa de cuantas anoche convirtieron el escenario en un jardín encantado.

LUCIANA.—*(Con impaciencia).* ¿Cuál es?

MARCELA.—Esta, señora. *(Indica una con lazos blancos y encajes de Hirlanda).*

LUCIANA.—*(En voz baja).* Esa no es de él... *(Se deja caer nuevamente sobre la «chaise-longue»).* ¿Quién ha venido hoy?

MARCELA.—El señor Máximo, dos veces...

LUCIANA.—Eso no me interesa, bien lo sabes. ¿Quien más?

MARCELA.—Clotilde y Lucía pasaron esta mañana á dejarme el recado que ya he comunicado á usted.

LUCIANA.—Y... ¿nadie más?

MARCELA.—Nadie más.

ESCENA II

Dichos, LUCÍA

LUCÍA.—*(Por el foro, concitada)*. ¡Ah, ah! Dame un beso, otro... otro... *(Besa á Luciana)*.

LUCIANA.—¿Qué ocurre?

LUCÍA.—Luciana, vengo hecha una furia. Una furia, y por tu causa.

LUCIANA.—¿Por mi causa?

LUCÍA.—Sí, hija, sí. Dame otro beso.

LUCIANA.—Pero ¿quiéres decirme qué ocurre?

LUCÍA.—Ya verás. Pues... dame... No, no te pido un beso; no temas. Sólo deseo una copa de agua. ¡Tengo sofocación!

LUCIANA.—Marcela...

MARCELA.—*(Sirve una copa de agua á Lucía. Esta bebe.)*

LUCÍA.—Vengo de verla á Clara. Está hecha un imposible contigo. Figúrate que repite á quien quiere oirla que tú la imitas en todo. Dice que tu vanidad se circunscribe á luchar con ella, y que no te hace caso. Que ella tiene una casa montada de tal ó cual suerte, allá tú con otra igual; que caballos, tú también los quieres; que recibe tal día, tú también escoges ese día para recibir á tus amigos. En fin, y asómbrate, aseguró que le disputabas hasta sus, sus... amigos y cortejadores. Te llama *La imitadora*.

LUCIANA.—¿Y tú te incomodaste por eso?

LUCÍA.—¿Pues no había de incomodarme? Ah, se me olvidaba: además dijo que en lo que al canto se refiere también imitas su escuela. ¡Su escuela! Chica, le ha fastidiado mucho tu éxito de anoche. Hacía tiempo que no se veía cosa igual. ¡Qué ovaciones! ¡Qué entusiasmo! *(indicando las cestas*

de flores). Mira, mira. ¡Ay! Dame otro beso; dame otro beso...

LUCIANA.—¿Sabes que todo eso me causa gracia?

LUCÍA.—Pues á mi no, ¿qué quieres? Ah, otra cosa. ¿Sabes qué se atrevió á exigir? Que sus amigos dejaran de verte, ó dejasen de verla á ella si te prefieren. Está embobada con Carlos Bremont...

LUCIANA.—*(Involuntariamente)*. ¡Carlos!...

LUCÍA.—Sí, le llama: «mi poeta»; y lo presenta á todo el mundo como el objeto más raro de su colección que, entre paréntesis, es bastante numerosa.

LUCIANA —¿Carlos estaba allí?

LUCÍA.—Ese está en todas partes desde que le han hecho creer que tiene un gran talento.

LUCIANA.—¿Carlos consintió en no... venir aquí?

LUCÍA.—No se. Lo que puedo asegurarte es que Clara le hace una corte como se han visto pocas.

LUCIANA.—¿Y... él?...

LUCÍA.—Me parece haber notado poco entúsiasmo de su parte.

LUCIANA.—*(Hace un gesto de viva satisfacción)*.

ESCENA III

Dichos, y CARLOS

MARCELA.—*(Anunciando)*. Carlos Bremont. *(Marcela hace mutis por el foro.)*

LUCIANA.—¡El!... *(Emocionada, á Lucía, bajo)*. Vete déjame sola.

CARLOS.—*(Desde el foro sin adelantarse)*. Señoras...

LUCIANA.—*(A Lucía, bajo)*. No, no te vayas quédate. *(Pequeña escena de indecisión)*.

LUCÍA.—¿Qué significa esto? *(A Carlos)*. Pase

usted. *(A Luciana, cómicamente)*. Tomen ustedes asiento. No hagan cumplidos. Están ustedes en su casa. Ya lo ven: doy el ejemplo. *(Se sienta. Carlos y Luciana también lo hacen. Pausa. Al ver que nadie habla, Lucía, con intención)*. Hablemos del tiempo!... *(Pausa. A Carlos)*. Tiene usted una corbata muy bonita... *(Como asaltada por una idea, pónese de pie, bruscamente)* ¡Hasta luego!

CARLOS.—Pero...

LUCIANA.—Lucía...

LUC'A.—Hasta luego. *(Váse.)*

ESCENA IV

LUCIANA y CARLOS

CARLOS.—*(Con timidez)* ¿Acaso he llegado en un momento poco oportuno?

LUCIANA.—No. *(Pausa)*.

CARLOS —Sentiría haber molestado á usted...

LUCIANA. - Pero, ¿lo dice usted en serio?

CARLOS.—¿Por qué me lo pregunta usted?

LUCIANA.—Creí que venía usted á mi casa como vienen... los demás, confidencialmente, sin etiquetas; su actitud, sin embargo, parece decirme que me he engañado... ¿Puedo yo contar con su amistad?

CARLOS.—Con mi *amistad*, sí.

LUCIANA.—No obstante, anoche no se le vió á usted entre mis am gos.

CARLOS.—*(Indicando las flores)* Ah, en el teatro. No, no fuí. Anoche sólo fueron sus admiradores.

LUCIANA.—¿Usted no es uno de ellos?

CARLOS.—No admiro á usted...

LUCIANA.—No se dirá que carece usted de franqueza.

CARLOS.—No admiro á usted, pero la estimo, que es más.

LUCIANA.—¡Muchas gracias! *(Pausa)*. Oí hablar de un nuevo libro de usted.

CARLOS.—Es cierto: aquí tengo el primer ejemplar. *(Le da un libro)*.

LUCIANA.—¡Ah! *(Quita el papel en que viene envuelto y lee:)* «La Balada de las Horas»—poema—¡Y con dedicatoria autógrafa! Muchas gracias... *(Se pone seria y lee)*: A Clara de la Fuente, con admiración... *(Mirando á Carlos)*. Muy bien: A Clara sí, la admira usted...

CARLOS.—Porque no la estimo.

LUCIANA.—Lo cual no impide que le dedique usted el primer ejemplar de su poema... *(Fingiendo distracción rompe el libro y lo arroja á la chimenea, con calma. Se sienta y mira las hojas de papel mientras arden)*. Dicen que hoy ha hecho un hermoso día, ¿verdad? Pues á pesar de eso yo tengo frío...

CARLOS.—*(Con acento firme)*. ¡Luciana!

LUCIANA.—¿Qué?...

CARLOS.—Es una crueldad...

LUCIANA.—¿Cuál? *(Pequeña pausa)*. No, no; usted ha nacido para soñar el amor, no para amarlo. No, amigo mío: la vida no es lo que usted se figura; la vida es otra cosa. ¿Está usted seguro de que no sacrifica á una ilusión toda su vida?

CARLOS.—*(Turbado, la mira sin comprender)*.

LUCIANA.—*(Indica el libro que arde en la chimenea)* Usted cree en la poesía que se escribe,... y no *sabe* ver la verdadera poesía, la que se vive... *(Pausa.)*

ESCENA V

Dichos, MÁXIMO, ALBERTO, JORGE, MAURICIO, CLOTILDE, ADELA. Entran por el foro con alborozo, hablando todos á la vez.

ADELA.—Luciana, Luciana: impídele á Mauricio que continúe.

CLOTILDE.—Está insoportable.

ADELA.—Ya no se le puede oir.

MAURICIO.—Juzgue usted, Luciana. *(La besa la mano).*

CLOTILDE y ADELA.—*(A un tiempo).* ¡No, no! Basta ya! . *(Los que llegan saludan).*

LUCIANA.—Hay que ceder ante la mayoría... *(Indica á los que protestan.)*

MAURICIO.—Me doy por vencido. *(A Carlos).* Perdone usted, no había reparado. *(Le estrecha la mano afectuosamente).*

LUCIANA.—*(Dejándose caer sobre la «chaise-longue»).* Perdonen, disculpen. Con ustedes no hago cumplidos. Hoy no he salido. Mi *toilette* lo revela. Luego, aun sabiendo que iba á tener visitas, no me he vestido, por indolencia. Y aqui me tienen ustedes.

MÁXIMO.—*(Casi al oído).* Bella y terrible, como siempre...

LUCIANA.—*(Reclinando la cabeza sobre la «chaise longue»).* ¡No, no; hoy no quiero! Mauricio, impídale usted que me diga frases en vozbaja; no quiero galanterías hoy... Tengan lástima de mis pobres nervios...

CLOTILDE.—Habrá que ponerle en penitencia como á los niños...

MÁXIMO.—¿Por el pecado de... admirar?

MAURICIO.—No, si admira usted como es debido: en silencio y de lejos... *(Ríen. Le toma por el brazo y le separa de Luciana.*

Luego forman grupo con Carlos, á la derecha.)

ADELA.—*(A Clotilde, bajo).* ¿Has observado qué agitado está Carlos?

CLOTILDE —¿Te parece?

ADELA.—No se qué le encuentran nuestras amigas para disputárselo como hacen...

CLOTILDE.—Ah, no me digas; debe ser delicioso...

JORGE.—*(A Luciana).* Luciana, ¿persiste usted en la negativa?

LUCIANA.—*(Dando la espalda á Jorge, en voz baja).* Las mujeres de mi clase no perdonan jamás al hombre que las aburre.

JORGE.—¿Es una advertencia?

LUCIANA.—Aprovéchela usted mientras haya tiempo.

JORGE.—Haré lo posible. *(Se aleja.)*

LUCIANA.—*(Mirándole alejarse).* Este hombre hará camino: posee la ciencia de la oportunidad... *(Entra Marcela con el servicio del té.)*

ADELA.—¿Carlos ha visto usted á Clara hoy?

CLOTILDE.—*(Bajo á Adela).* ¡Calla, ingénua!...

CARLOS.—¿Por qué?...

LUCIANA.—*(Mientras sirve el té).* A propósito: ¿no saben ustedes que Clara ha pretendido denigrarme?

MÁXIMO.—¡No diga!...

CLOTILDE.—Chica, tú la desesperas.

LUCIANA.—*(Sirviéndole té á Jorge).* ¿Cuántos terrones?

JORGE.—Tres. Muchas gracias.

ADELA.—Acabará por inspirar lástima.

LUCIANA.—No te expreses con tanra dureza; puedes herir á alguno... *(Mirando á Carlos).* ¿Cuántos? *(á Máximo.)*

MÁXIMO —Servido por usted, ninguno, y será dulce como la miel.

MAURICIO.—*(Quitándole la azucarera)*. Pues que se lo endulce el amor.

LUCIANA.—Ha dicho que quiere hacerme el vacío... ¡ja! ¡ja!... Y, asómbrense ustedes: Carlos no se atrevió á defenderme.

CARLOS.—Por que sabía que usted no lo necesitaba...

MÁXIMO.—¡Muy bien, no lo necesitaba usted.

CLOTILDE.—Las ridiculeces se ahogan en el silencio.

MAURICIO.—Eso: las ridiculeces se ahogan en el silencio. . de la maledicencia.

CLOTILDE.—*(A Mauricio)*. Ya sabe que á usted no se le hace caso...

MAURICIO.—¡Ay! ¡Qué lástima!

ADELA.—¡Empiezan ustedes!

MAURICIO.—No: empiezan ustedes; yo termino.

LUCIANA.—*(A Clotilde, bajo)*. Evita este tema. *(A Mauricio)*. ¿Puede saberse de qué hablaban con tanta vehemencia cuando llegaron aquí?

MAURICIO.—Si me lo permiten los presentes, sí.

JORGE.—¿Desea usted enterarse?

LUCIANA.—*(Secamente)*. Deseo que me entere Mauricio.

JORGE.—*(Apartándose)*. Es menos peligroso que yo... *(entre dientes.)*

MAURICIO.—Y menos tonto...

JORGE.—¿Eh?

MAURICIO.—Con su permiso... *(indicando que se dispone á relatar)*.

LUCIANA.—¿Y bien?...

MARICIO.—Crónica: Alberto Gomar se ha inmolado en aras de su amor, es decir, se ha disparado un tiro en las sienes por su querida.

LUCIANA.—Eso es muy hermoso.

MAURICIO.—¡Sí! Para su querida.

LUCIANA.—Ha coronado con un bello gesto su vida de poeta. Lo cual prueba que aun existen paladines del amor.

CLOTILDE.—(*A Alberto*). ¿Qué le parece á usted Alberto?

ALBERTO.—Me parece que llega un momento dado en que la mujer lo puede todo, pues ella llega á ser la encarnación del destino.

MÁXIMO.—Es mi teoría; exijo la prioridad. Sólo que mi idea es aplicable á ambos sexos. (*Todos ríen*).

JORGE.—(*A Mauricio*) Y usted, ¿qué dice?

MAURICIO.—Que el hombre sólo es un animal superior cuando se aparta de la mujer.

ADELA.—¿De suerte que ahora es usted un animal inferior?

MAURICIO.—¿Por qué?

ADELA.—Pues ¿no está usted á mi lado?

MAURICIO.—Ah, ¿es que todavía se hace usted la ilusión de ser mujer?...

ADELA.—¡Insolente!

CLOTILDE.—¡Mala lengua! Es usted el sempiterno detractor de las mujeres.

MAURICIO.—Diga usted el cronista fiel de sus pecados.

LUCIANA.—¿Por qué se concreta usted á ellos? En la mujer hay algo más.

MAURICIO.—Indudablemente. Pero lo... demás no me interesa.

LUCIANA.—¡Ah!

CLOTILDE.—¡Muy bien!

MAURICIO.—¿Qué quieren ustedes? Así soy y no por mi culpa.

CLOTILDE.—¿Por qué, pues? Digo, si puede saberse.

MAURICIO.—Por vuestros pecados... es decir, de las mujeres. Tan infeliz me ha hecho el amor desairado como el correspondido. En el amor satisfecho no hay más que de-

cepciones, y el amor desgraciado suele tener desenlaces trágicos. En vista de todo esto opté por la insensibilidad. En el fondo debo estar agradecido á la mujer. Apartándome de ella me convertí en un ser superior *(á Adela)*, con perdón de usted. Toda mi sensibilidad se convirtió en inteligencia.

MÁXIMO.—Sí, es verdad: los insensibles son los más fuertes, y también los inconscientes...

MAURICIO.—Agregue usted: y los imbéciles.

MÁXIMO.—*(Aparte)*. ¡Si lo dirá por mí!...

MAURICIO.—No cabe duda.

MÁXIMO.—¿Eh?...

ADELA.—Hace media hora que no decimos más que tonterías.

MAURICIO.—Es natural... puesto que hablan ustedes en serio...

LUCIANA.—*(Con ironía)*. Aseguran que en el fondo de todo pesimista hay un idealista... despechado.

MAURICIO.—Y aseguran la verdad.

CLOTILDE.—¡Quien habla de la verdad! *(Ríe)*. ¡La verdad! ¿Y quién posee la verdad?

MAURICIO.—Ustedes, la mujer. La mujer posee todas las verdades... como que jamás suelta una. *(Pequeña pausa)*. ¡Si pudiésemos tener hijos prescindiendo de la mujer! *(Movimiento general de asombro)*. Pero si no es mía la frase: pertenece al pueblo más espiritual de la tierra: Atenas. *(Todos se levantan para marcharse, protestando. Lucía viene por el foro, concitada. Saluda, etc.)*

LUCÍA.—Tengo urgente necesidad de ver á Mauricio.

CLOTILDE.—Pues con él te dejamos. Ya no hay quien le aguante. *(Salen todos.)*

ESCENA VI

MAURICIO y LUCÍA

LUCÍA.—¿Es usted mi amigo?
MAURICIO.—¡Quien lo duda!
LUCÍA.—¿Está usted dispuesto á hacerme un favor?
MAURICIO —¡Yo! ¿Un favor... á usted?...
LUCÍA.—Si es usted mi amigo, no puede reusar.
MAURICIO.—Oigamos... (*Con sorna*).
LUCÍA.—Si se burla, no hablaré.
MAURICIO.—Bueno, pues hablaré yo por usted. Así, en lugar de hacerle un favor, le haré dos. Por partida doble ¿Qué le parece?
LUCÍA.—¿Lo toma usted á broma?
MAURICIO.—¡No!... Escuche. Ayer ha cometido usted una... imprudencia... imprudencia, no se alarme usted. Julio lo supo, y desea usted que yo la salve. ¿No es así?
LUCÍA.—Pero, ¿cómo lo ha sabido usted?
MAURICIO.—Usted me lo dijo.
LUCÍA —¡Yo!
MAURICIO.—Usted.
LUCÍA.—¿Cuándo?
MAURICIO.—Ahora, en este momento.
LUCÍA.—Pero, ¿cómo?
MAURICIO.—Cuando una *dama* como usted se dirige á mí y me pregunta: —¿Es usted mi amigo? ¿Está usted dispuesto á hacerme un favor? —y me mira así, con ese aire compungido, siempre se encuentra en su situación de usted. De mí no se acuerdan ustedes en otro momento... (lo cual quiere decir que se acuerdan de mí con frecuencia ..)
LUCÍA.—¡Oh, pero no vaya usted á creer que se trata de algo... culpable!

MAURICIO.—(*Con asombro cómico*). ¡No, no! Se trata de una imprudencia *inocente*.
LUCÍA.—Eso, eso mismo.
MAURICIO.—Estamos de acuerdo...
LUCÍA.—¿Cuento con usted?
MAURICIO.—¡Naturalmente! Veamos, ¿y los detalles?
LUCÍA.—Pues...
MAURICIO.—Continúe usted...
LUCÍA.—Pues ayer me vieron en un carruaje con mi primo.
MAURICIO.—¡Otro!
LUCÍA.—¿Eh?
MAURICIO.—Otro... otro .. punto escabroso.
LUCÍA.—Sí, pero fácil de allanar, si usted quiere.
MAURICIO —Veamos.
LUCÍA.—Cuando Julio me interrogue, yo diré que el que iba en coche conmigo era usted.
MAURICIO.—¿Yo?...
LUCÍA.—Sí, que yo pasaba, que le vi á usted, y como usted venía á ver á Luciana, y yo también, le recogí, y vinimos juntos.
MAURICIO.—¡Muy bien!
LUCÍA.—Julio de usted se fía.
MAURICIO.—¡Sabe que soy hombre de buen gusto!
LUCÍA.—¿Consiente?
MAURICIO.—Sí, verecunda Lucía...
LUCÍA.—¡Oh, me hace usted un inmenso favor!...
MAURICIO.—¡No! el favor se lo hago al otro, á Julio. Sí, porque contribuyo á su felicidad manteniéndolo en la ceguera, pues quien está enamorado es ese pobre diablo.
LUCÍA —¿Cómo? ¡Es un hombre de luces!...
MAURICIO.—A veces el hombre es imbécil hasta teniendo talento.

(Aparecen en la sala todos los personajes. Lucía va hacia ellos)

ESCENA VII

MAURICIO y CARLOS

MAURICIO —¡Hola! Mi enhorabuena, Carlos. Usted dirá que llega algo retrasada, ¿verdad? ¿Qué quiere? No siempre es oportuno hablar aquí de cosas serias. ¿Con que tenemos obra nueva? Bien se vé que el éxito no le ha mareado á usted

CARLOS.—No; el éxito no. Pero lo cierto es que ya no trabajo.

MAURICIO.—¿Y el nuevo poema que acaba de publicar?

CARLOS.—El nuevo poema es .. un poema viejo. Entonces tenía fé en mí...

MAURICIO.—¿Y ahora ya no la tiene usted?

CARLOS.—No .. no se.

MAURICIO.—No me sorprende. *(En el satón, Lucía, rodeada de sus amigos, preludia una sonata clásica Los acordes del piano llegan al proscenio velados y con alguna intermitencia).* No. amigo mío; no me sorprende. Mire usted hacia allá. *(Indica el grupo del salón)* Observemos en nuestros amigos lo que somos vistos á cierta distancia. Ahí están: pasan del placer enervante al tédio desesperado, y gastan todos los recursos para acumular *splin* hasta llegar insensiblemente al suicidio, que ellos mismos se preparan. Si, Carlos: su situación de hoy, es la mía de ayer. Con una diferencia esencial: que usted tiene talento y yo no. No, no: se lo que significo. Me atrajo la esfinge: fijé mis ojos en los suyos, hondos como el abismo; se apoderó de mí el dulce vértigo de lo desconocido, y fuí rodando, poco

á poco, hasta que llegué al fondo. La experiencia recogida en el descenso hizo de mí un hombre casi de talento; pero sáqueme usted de este ambiente, y no valgo nada. ¿No teme usted la perspectiva?

CARLOS.—No sé, no sé. Yo no puedo resistir su fascinación. Cuando me mira y fijo mis ojos en los suyos, cuando toda mi alma está en la mirada, atraída por la suya, me siento poseído por ese vértigo, y el olvido se apodera de mí, como si en las arterias se diluyese la dulzura de una muerte soñada.

MAURICIO —Carlos, ya teme usted á esa mujer pues ni se atreve á nombrarla.

CARLOS.—¡No!

MAURICIO.—¡Sí! Mírela usted: Luciana! Es una mujer sin alma, monstruosamente enamorada de sí misma. Su orgullo cede á una sola cosa: el engaño. Porque á pesar de su altivez ella pertenecerá anticipadamente á quien la adule y complazca sus vanidades.

CARLOS.—*(Sofocado por la emoción).* ¡No! no... no!

ESCENA VIII

JORGE y LUCIANA por el foro.

LUCIANA.—Sin embago, si ese día se hubiese atrevido usted... En fin, ya pasó. No hablemos más de ello.

JORGE.—Lo dice usted para torturarme.

LUCIANA.—No, al contrario: porque le quiero á usted Y por eso mismo me propongo hacerle comprender que no supo aprovechar usted la oportunidad...

JORGE.—Pero puede presentarse de nuevo...

LUCIANA.—No!.. He aquí porque le aconsejo que termine el asedio...

JORGE.—¿Me propone usted una capitulación?...

LUCIANA.—No; le excluyo de la liza: está usted fuera de concurso...

JORGE.—¿Sin el honor de una victoria?...

LUCIANA.—Puesto que la lucha no es posible ..

JORGE.—Pero eso sería una derrota doble para mí.

LUCIANA.—Bueno, ya que tiene usted fé en su teoría determinista, como la llama usted, aguarde que se presente la oportunidad...

JORGE.—¿Es una promesa?...

LUCIANA.—(*Insinuante y altiva*). El hombre experto siempre debe tener el tacto de saber truncar amablemente una conversación, cuando ella está por languidecer...

JORGE.—(*Mira á Carlos; luego á Luciana*). Con su permiso... (*Se dirige al salón retorciéndose el bigote, con aire de triunfo*)

LUCIANA.—(*Mientras se aleja*). Hará camino.

ESCENA IX

LUCIANA y CARLOS

LUCIANA —¿Qué pasa? Porque me mira usted de esa manera? ¿No contesta usted?

CARLOS.—(*Trata de disimular la turbación que ha originado en él el diálogo entre Luciana y Jorge, diálogo que no pudo oir*). ¿Luciana, ¿por qué me hace usted daño?

LUCIANA.—¡Yo! ¿De qué manera?

CARLOS.—¿Por qué, Luciana? ¿Por qué destruye mi fé en usted, mi fé en mí? ¿Por qué huye el entusiasmo cuando el éxito corona mi labor... mi obra?...

LUCIANA.—¡El éxito! El éxito es una caricatura grotesca de la gloria. Cree usted que su talento hoy vale más que ayer por que hoy

le aplauden y ayer era desconocido? No, amigo mío, no.

CARLOS.—No ha mucho me preguntó usted si yo estaba seguro de que no sacrificaba toda mi vida á una ilusión...

LUCIANA.—Y repito ahora la pregunta. Sus versos revelan en usted un soñador, y los soñadores no suelen ser los más... ¿cómo diré yo? los más afortunados. ¿Me entiende usted? Hay que descender un poco de lo azul. Es necesario vivir en la realidad.

CARLOS.—Yo vivo en realidad de mis sueños.

LUCIANA.—Ya se ve. Y es lástima. ¡Habría tantas condiciones en usted!... Pero usted, ¿no cree que es más artista, más poeta el que hace un poema de su vida misma que aquel que solo expresa sueños vagos? Yo creo que sí, puesto que vive lo que otros sueñan.

ESCENA X

Dichos, CLOTILDE, ADELA, JORGE, etc., por el foro.

ADELA.—(*A Máximo*). Yo no falto. Veremos si cumplen ustedes.

MAXIMO.—Seré uno de los primeros.

CLOTILDE.—Hasta luego, Luciana. Estamos de banquete.

ALBERTO.—Y nosotros de fiesta.

LUCÍA.—Vamos pues.

JORGE.—Necesito escribir dos líneas. (*A Luciana*). ¿Me permite que lo haga aquí?

LUCIANA.—(*Indicando la izquierda*). Pase usted.

CLOTILDE.—Vamos. Hasta luego.

LUCIANA.—Que se diviertan. (*Salen todos, menos Carlos y Mauricio.*)

CARLOS.—Adiós, Luciana.

LUCIANA.—(*Deteniéndole*). No; tú quédate: me gustas.

CARLOS.—(*Exaltado*). ¡No!...
LUCIANA.—¿No?
CARLOS.—¡No, no, no!...
LUCIANA.—¿Por qué?
CARLOS.—(*Huyendo*). ¡Porque te quiero de veras! (*Vase*.)

ESCENA XI

LUCIANA y MAURICIO

LUCIANA.—(*Al volverse se encuentra con Mauricio*) Ah, ¿estaba usted aquí todavía?
MAURICIO.—*Todavía*. Y confieso que á pesar mío.
LUCIANA.—No se disculpe usted.
MAURICIO.—No me disculpo: deploro.
LUCIANA.—No hay para tanto...
MAURICIO.—(*Con intención*). Ya lo he visto... (*Pausa*). Luciana, ¿qué se propone usted?
LUCIANA.—¿Con qué autoridad me interroga usted, señor?
MAURICIO.—Autoridad, ninguna; título, el de amigo.
LUCIANA.—¿Amigo?... De... Carlos ó mío?...
MAURICIO.—Como usted prefiera.
LUCIANA.—¿De veras tiene usted interés en saber qué me propongo respecto á Carlos?
MAURICIO.—De veras.
LUCIANA.—Pues aniquilarlo. Ha jugado demasiado con mi amor propio, y eso no se hace conmigo impunemente. A-ni-qui-lar-lo. ¡Sí!
MAURICIO.—Es un espíritu elevado.
LUCIANA.—Pues por eso será más honda su caída. (*Pausa*). Contra mi costumbre le hablaré breves instantes con toda sinceridad. Ponga usted atención. Son raros y los consagro á las personas que llegan á interesarme de alguna manera.

MAURICIO.—(*Hace una profunda reverencia*).

LUCIANA.—Dos cosas me parecen igualmente detestables en la vida: el amor quejumbroso de los hombres, y la mujer oficiando de filósofo. Ambos están fuera de mi ley. Algo de las dos cosas hallará usted en mis palabras; de ahí que sean contados los instantes en que puedo concretar mis ideas cuando su objeto es expresar sentimientos que contrarían el objeto de mi vida. ¿Sabe usted cuál es objeto de la vida? ¿Tiene alguno la suya? ¿Calla? Luego no lo sabe; y y en este caso el silencio está por la negativa. Bien; en esto, como en todo, diferimos esencialmente.

MAURICIO.—¿Quiere decirme usted cuál es el objeto de su vida?

LUCIANA.—Sí: dominar. Dominar predicando la doctrina del amor y practicando la del odio. Usted no entiende esto: es usted hombre, y su sexo le es enemigo. Para poseer hay que entregarse. Si cada uno pudiese escoger libremente su existencia, la vida no estaría convulsionada por esas necesidades que llamamos crímenes. La vida es, pues, de quien *sabe* tomarla, y á la conquista se llega por medio de dos cualidades esencialmente opuestas entre sí, pero convergentes á la vez: por un gran carácter ó por la ausencia absoluta de él, lo cual se equivale.

MAURICIO.—¿Y por qué difundís el odio?

LUCIANA.—Para dominar, y dominar á costa de seres inferiores. Sí; para dominar al hombre hay que apoderarse de su inteligencia, y ella no cede á la verdadera pasión. A veces yo misma me asombro de verle tan inepto para juzgar esto. Es que

nuestra naturaleza ama lo que la subyuga. ¡Bien le haya!

MAURICIO.—¿Y Carlos?

LUCIANA.—¡Caerá!

MAURICIO —No me parece fácil...

LUCIANA.—¿No?

MAURICIO.—Acaba de rehusar...

LUCIANA.—¡De huir, diga usted!

MAURICIO.—Lo mismo da...

LUCIANA.—No da lo mismo.

MAURICIO.—Lo cierto es que se ha puesto fuera de peligro...

LUCIANA.—¿De veras? ¡Ja, ja, ja! .. Ya lo he dicho: ustedes no entienden esto. Dentro de muy poco Carlos estará aquí, humilde y suplicante...

MAURICIO.—Lo dudo.

MARCELA.—(*Por el foro, anuncia*). El señor Carlos Bremont. (*Vase.*)

ESCENA X

Dichos, CARLOS y JORGE

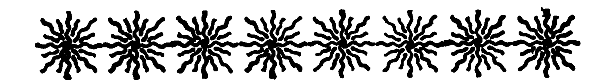
LUCIANA.—(*A Mauricio*). Y ahora, ¿lo duda usted? (*A Carlos, sonriendo*). ¿Viene usted en busca de Mauricio, no es así? (*Toca el timbre. A Marcela, que se presenta*). ¿Está la comida?

MARCELA.—Sí, señora.

LUCIANA.—Que pongan otro cubierto. Acompaña á los señores. (*A Jorge, qne viene por la izquierda*). Jorge, deme usted el brazo. (*Luciana y Jorge vanse por la izquierda*).

CARLOS.—(*Hace ademán de seguirla, amenazador. Mauricio le detiene.*)

TELÓN



ACTO SEGUNDO

La escena representa una modesta habitación en casa de Carlos. En el foro, una puerta que da al jardín. Otras laterales. A la izquierda un escritorio con libros, revistas, etc. En la pared del fondo, á un lado y otro de la puerta, dos bibliotecas. Sillas y pequeño sofá á la derecha, etc. A la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

CARLOS y MAURICIO

CARLOS.—*(Junto á la puerta de la izquierda, que comunica con las habitaciones interiores).* ¡Pst! Baje usted la voz. Que no se entere mi madre, que no sospeche. *(Pequeña pausa).* Sí: hace tres días que no veo á Luciana; pero me buscará.

MAURICIO.—¿Y si ella no le buscara, Carlos, usted no volvería á su lado?

CARLOS —*(Después de titubear)* No se...

MAURICIO —Amigo mío, yo nada le reprocho. Tenía que suceder, puesto que ella quería sucediese. Hay en Luciana una fuerza misteriosa una fuerza invencible. Esa mujer ha nacido para inspirar el amor, no para sentirlo. Usted no quiso ó no pudo ver eso. Si, Carlos: Luciana podía enseñarle á amar así, alegremente. pero no podía acompañar su espiritu de usted á través de sus ideales.

CARLOS.—¡Mis ideales! ¿Dónde están? ¡si hasta creo que no los tuve nunca!

MAURICIO.—¿Pero usted dejó de ver á Luciana sin explicaciones, sin prevenirla?

CÁRLOS.—Es inconcebible ¿verdad? ¡Es inconcebible!... *(Animándose hasta levantar la voz)*. ¡Oh, yo mismo no me doy cuenta de los actos de mi vida! Algo que se sobrepone á mi voluntad me impulsa, me arrastra...

MAURICIO.—¡Chist! Hable usted más bajo. *(Indica la puerta de la izquierda. Pausa)*.

CARLOS.—¿Recuerda usted la tarde en que Luciana nos despidió . ó poco menos? Cuando le ofreció el brazo á Jorge... para mortificarme, para hacerme sufrir, porque á ella nada le importaba de ese hombre. Yo salí de su casa jurando no volver á ella, usted lo sabe. Sin embargo, no pude resistir. Algo me atraía, algo que me dominaba, y volví, á pesar mío, casi avergonzado. ¿Por qué volví yo? ¿Por qué?

MAURICIO.—Tratandose de una mujer como Luciana, es muy fácil comprender porque ha vuelto usted. Lo que no comprendo es como pudo alejarse de ella.

CARLOS.—Yo mismo no lo se. ¿Oh, pero qué fuerza me impulsa? Hace tres dias que no la veo, y no puedo más. Mi resistencia se agota. No quisiera ir, no quisiera verla y siento que, á pesar de todo, la veré, sí, la veré pronto. Iré, iré. Y me da miedo. ¡Oh! ¿Pero qué pasa en mi alma?

MAURICIO.—¡Psit! Carlos... *(Indica la puerta de la izquierda)*.

CARLOS.—¡Mi madre! Si ella sospechara mi tortura...

MAURICIO.—¿Cree usted que no sabe nada?...

Carlos.—(*Atemorizado*). ¡Mi madre! No, no sabe, no debe saber... ¿O acaso usted cree?...

Mauricio.—No, no... me parece que no... aunque las madres adivinan muchas cosas, Carlos... El instinto materno es revelador, á veces. Por de pronto, ¿no cree usted que haya podido observar, que se haya fijado?...

Carlos.—¿En qué, en qué?

Mauricio.—Usted no trabaja, no produce... no estudia...

Carlos.—(*Dejándose caer sobre el sofá con la cabeza entre las manos*). ¡Trabajar! Pero si no puedo, si no puedo.

Mauricio.—(*Aparte*). Esto va mal... (*Luego, tras breve pausa*) Animo, ánimo. Nada se ha perdido todavía ..

Carlos.—(*Bajando mucho la voz*). Es que, además, he complicado mi situación con deudas!

Mauricio.—¡Usted!

Carlos.—Sí, hoy mismo vendrá Daniel aquí. Es día de vencimiento.

Mauricio.—¿Está usted en manos de ese prestamista, de Daniel?

Carlos.—¿Qué iba á hacer? ..

Mauricio.—¡Carlos! .. Antes de recurrir á ese hombre, debió acordarse usted de que tenía amigos.

Carlos.—Gracias, muchas gracias.

Mauricio.—¿Y dice usted que vendrá hoy?

Carlos.—Sí.

Mauricio.—Lo aguardaré. Eso corre de mi cuenta.

Carlos.—Pero...

Mauricio.—Ya me devolverá usted la suma cuando pueda.

Carlos.—¿Cómo se lo agradeceré á usted, Mauricio?

Mauricio.—Recuperando su voluntad. Bueno,

y ¿qué piensa hacer usted ahora? Porque esta situación no puede prolongarse.

CARLOS.—¿Lo sé yo acaso?...

MAURICIO.—Sin embargo, debe tomar usted una resolución.

CARLOS.—¿Cuál?

MAURICIO.—La que más convenga. Por de pronto truncar toda relación con Luciana; y, luego, á trabajar. Trabajar, sobre todo trabajar. Es necesario ejercitar la mente, impedir que se apodere de ella una idea fija. Cohartar la imaginación; la imaginación, en ciertos casos, es un enemigo peligroso. A la obra, pues.

CARLOS.—¿Pero usted lo cree posible?

MAURICIO.—Todo es posible.

CARLOS.—¡Calle usted... mi madre!

ESCENA II

Dichos, ANA, PAPÁ ANTONIO y SOFÍA.
(Vienen por la izquierda.)

PAPÁ ANTONIO.—*(Apoyándose en su bastón)*. Ya me habían dicho, ya me habían dicho que estaba usted aquí, don Mauricio. ¡Aja! ¡ja! ¿Y cómo va, como va? (*Bajando la voz*). Calaverones!

MAURICIO.—¡Yo!

PAPÁ ANTONIO.—¡Aja, ja, ja!

MAURICIO.—¿Sabe que no se le puede ver á usted, Papá Antonio, sin envidiarle?

PAPÁ ANTONIO.—Mi buen humor y mi robustez consecuencias son de una joventud... pasada de moda. Hoy se vive a la moderna. ¡Ah! ja! ja! ja! Bien lo sabe usted, que es un hombre de mundo.

MAURICIO.—Ya no lo soy.

PAPÁ ANTONIO.—¡Malo! Cuando el diablo se mete á monge... ¡Aja, ja!

MAURICIO.—Señal de que se va á morir, ¿verdad? En eso no piensa uno mientras es joven.

PAPÁ ANTONIO.—Tampoco lo teme uno cuando es viejo... si ha vivido á la antigua. Con la conciencia... como yo sé. ¡Aja! já! Por lo demás, yo puedo irme, cuando Dios lo disponga. Y cuidado que me iré satisfecho. Mire usted, don Mauricio: mi mayor anhelo era llegar á ver correr por el mundo los hijos de aquél. (*Señalando á Carlos*). Hablo de los hijos de la inteligencia, de sus obras, y eso ya está visto; con que así... Ah, ja! ja! ja!

MAURICIO.—¿Y no aspira usted á bisabuelo de veras, es decir, llegar á ver corretear por aquí pequeños poemas vivos y rosaditos?...

PAPÁ ANTONIO.—No, eso, no, Aquél (*indica á Carlos*) por ahora está consagrado á las musas. En cuanto á ésta (*señalando á Sofía*) ¡Quítese usted de aquí. (*Finge amenazarla con el bastón.*)

ANA.—¡Qué cosas tiene!...

SOFÍA.—(*Hace un gesto de inteligencia á Mauricio*). ¿A qué no sabe usted quien le quiere más á abuelito?

ANA.—¡Sofía!...

PAPÁ ANTONIO.—(*A Mauricio*). Vamos á ver: ¿quién me quiere más que todos aquí? A que no lo adivina, á que no lo adivina.

SOFÍA.—A qué yo sí.

PAPÁ ANTONIO.—¡Chist! Calladita la boca. (*A Mauricio*). A que no lo adivina, á que no... Mire, mire usted: ¿lo ve á ese, lo ve? (*Señala á Carlos*). Pues ese, ese... no me quiere nada. Ah, já! ja! Pregúntele, pregúntele usted quién le arregla los papeles y quien cuida de sus libros y quien pone órden á todo

lo suyo aquí. (*A Sofía en tono burlon*). Yo, yo, yo... ¡Envidiosa! Aja! ja! ja!

SOFÍA.—(*Separándose fingiendo temor*). Pero yo me cuido del aseo...

PAPÁ ANTONIO.—¡Las ganas! (*A Mauricio*) No le haga usted caso. Yo. yo paso el plumero á esto, á esto, à eso (*va indicando los muebles*) y lo dejo todo como un espejo. Carlos, Carlos, dilo tú, dilo tú

CARLOS.—Sí, usted. usted, Papá Antonio. (*Le besa en la frente, mientras el abuelo le abraza*).

MAURICIO.—(*A Ana. bajo, al ver que se seca una lágrima*). Señora .. disimule usted su angustia.—(*A Papá Antonio*). Ya había notado yo que ni el abuelo ni el nieto se querían.

PAPÁ ANTONIO.—(*Llevándose á Mauricio á un ángulo de la habitación, en voz baja, casi al oído*). Pero yo también lo quiero á usted. ¡Chist! ¿A qué no adivina usted por qué? Porque usted lo quiere á Carlos. Aja, ja, ja! ¡Chist! Es un secreto. Mírelo usted. (*Indica á Carlos*). Es el retrato de su padre, mi hijo. ¿No conoció usied á mi hijo, el padre de Carlos?

MAURICIO.—No tuve ese placer.

PAPÁ ANTONIO.—Pues ahí lo tiene usted, tal cual. ¡Uy! mire usted que seria se ha puesto la madre! Está celosa, está celosa. (*Va hacia Ana*). Sí á tí también te quiere, y mucho. ¿Verdad, Carlos? Pero á mí más. Como que soy su colaborador.

MAURICIO.—¿De veras?

PAPA ANTONIO.— ¡Vaya! ¿Ha leído usted «La Balada de las Horas?» Pregúntele usted quien le inspiró «La hora de la vejez.» Yo. Eso es poesía, allí hay alma, sentimiento, fervor. ¡Aja, ja! (*Recitando*).

«Noble cabeza en que nevara el tiempo...

CARLOS.—Papá Antonio!...

PAPA ANTONIO.—Se refiere á mí, se refiere á mí. Pero yo sé agradecerlo. ¿No ha visto usted en el jardín el laurel que cultivo para Carlos, no?

MAURICIO —No.

PAPÁ ANTONIO.—Ah, tiene que verlo usted, y ahora mismo. No, no transijo: ahora mismo. Carlos, tú también vienes, como que es para ti.

ANA.—Ya los alcanzaremos el señor Mauricio y yo..

SOFÍA.—Yo vuelvo en seguida, mamá. *(Vase por la derecha.)*

PAPÁ ANTONIO.—*(A Mauricio)*. No olvidarse, ¿eh? Está algo apartado, y mis piernas... *(Papá Antonio y Carlos vanse por el foro.)*

ESCENA III

MAURICIO y ANA

MAURICIO.—Me encanta la jovialidad de Papá Antonio. Ya se van acabando los hombres de ese molde. ¡Y quécariño siente hacia el poeta, como le llama él! *(Pausa)*. Animo, ánimo, señora Ana. ¿Tanto teme usted la respuesta para resistirse á formular la pregunta que sus labios casi no pueden contener?

ANA.—Creí que su propósito era eludirla.

MAURICIO.—De ninguna manera. *(Pequeña pausa)*

ANA.—¿Habló usted con Carlos?

MAURICIO —Se lo había prometido á usted.

ANA.—Oh, no me oculte nada; dígame usted toda la verdad. El corazón me da que algo muy malo le pasa á mi hijo, y el corazón no nos engaña nunca á las madres.

MAURICIO.—Pues esta vez la engaña el corazón.

ANA.—Si mi Carlos ya ni parece el de antes. Hay mucha tristeza en sus ojos. Parece como que ha caído en un letargo. A veces ni oye cuando le hablan. No escribe, no estudia. Su carácter ha cambiado por completo. Tan cariñoso que era con nosotros. Y ahora, hasta parece que le molestamos. Se aleja, no habla. Oh, señor Mauricio, usted sabe algo, usted sabe algo que me oculta, que teme decirme.

MAURICIO.—*(Sin convicción)*. No, señora. Puede usted creerme... (*Pausa.*)

ANA.—¿Hablaron de esa... mujer?

MAURICIO.—Sí.

ANA.—Dicen que es implacable, capaz de todo lo malo. Usted la conoce, ¿verdad?

MAURICIO.—No diré que sea buena...

ANA.—Aseguran que es terrible. ¡Y Carlos se pierde por ella!

MAURICIO.—El temor siempre hace que las madres exageren los peligros...

ANA.—Pero, ¿no se ha fijado usted en Carlos?

MAURICIO.—Sí, señora; y por eso mismo comprendo muchas cosas, que para mí son de relativa importancia, al paso que para usted adquieren proporciones alarmantes. Carlos es muy joven; ha vivido poco, no tiene experiencia, no conoce el mundo, y ha caído en un ambiente lleno de atractivos, lleno de seducciones, sobre todo para una imaginación como la de su hijo de usted. Lo atrajo una mujer como Luciana... una mujer... En fin, que á la edad de Carlos todas esas cosas son muy naturales... y ha cometido locuras... (*Deteniéndose, como arrepentido.*)

ANA.—¡Locuras! ¿Ha dicho usted locuras?...

MAURICIO.—¡Uh!... No dejan de serlo... Pero, después de todo, ¿qué quiere usted? No deberían alarmarla hasta ese punto

ANA.—¡Ah, si supiera usted mis temores! Una idea horrible me desgarra el alma. (*Pequeña pausa*). Para usted no es un misterio nuestra posición. Nosotros vivimos de una pequeña renta que nos dejó mi esposo al morir. Un pasar mediano, exento, no sólo de lujo, sino hasta de comodidades. Ahora bien, Carlos ha estado llevando una vida muy superior á los recursos de que dispone. ¡Oh! (*Llora*). ¿Cómo explica usted esto?

MAURICIO.— *Turbado*). Sin embargo, Carlos es honrado, me consta.

ANA.—¡Oh, eso sí! Pero ¿quién responde de la honradez de un hombre sin experiencia cuando cae en las manos de una de esas mujeres?...

MAURICIO —*(Aparte)*. Tenía razón: á las madres nunca las engaña el presentimiento!

ANA.—¿Me hablaba usted?

MAURICIO.—Sí, sí, señora. Decía que en mi conversación con Carlos no he tocado ese punto. Pero prometo á usted que lo haré, y... déjelo usted todo por mi cuenta.

ANA.—¿Usted también cree, verdad?

MAURICIO.—Toda contestación sería arbitraria... Esperemos...

ESCENA IV

Dichos y CARLOS (por el foro).

CARLOS.—Mauricio... Papá Antonio quiere á todo trance que usted vea el famoso laurel... que cultiva para mis coronas...

MAURICIO.—¡Caramba! Se me había olvidado. Vamos allá.

CARLOS —Yo me quedo... Mamá... tú dijiste que le acompañarías...

MAURICIO.—*(A Ana)*. Si no es molestia. De lo contrario charlaremos un rato aquí. *(A Carlos.)*

CARLOS.—Papá Antonio lo creería un desaire. Luego, si usted quiere.

MAURICIO.—Bueno. *(Mauricio y Ana vanse por el foro.)*

ESCENA V

CARLOS, luego LUCIANA

CARLOS.— *(Va á la terraza y los contempla mientras se alejan.)*

LUCIANA.—*(De negro, cubierto el rostro con vellillo; por la derecha. Al ver á Carlos se detiene.)*

CARLOS.—¡Luciana! ¡Tú aquí, en mi casa!

LUCIANA.—Yo misma ¿Te sorprende?

CARLOS.—Oh, pero ¿qué te propones?

LUCIANA —Visitarte.

CARLOS —¿Pero aquí, sin reparar?...

LUCIANA.—¿En qué?

CARLOS.—¿Olvidas que este hogar es sagrado?

LUCIANA.—¿Hay algo que profanar en él?

CARLOS.—¡Aquí vive mi madre!

LUCIANA.—Es verdad. Mucho debe interesarme tu persona cuando yo no puse reparos...

CARLOS.—Luciana, déjame seguir mi camino.

LUCIANA.—¿Cuál?

CARLOS.—El mío.

LUCIANA.—¿Cuál?

CARLOS —El que he seguido hasta hoy.

LUCIANA.—Has llegado á su término.

CARLOS.—¡No!

LUCIANA.—¡Sí! *(Pausa)*. Pero eso no me interesa mayormente. Ya sospecharás que no

he venido aquí para discutir tus... ilusiones. ¿Por qué has dejado de verme desde hace tres días?

CARLOS.—No lo sé.

LUCIANA.—¿Huyes de mí é ignoras por qué lo haces?

CARLOS.—Dejé de verte; no he huído.

LUCIANA.—¿Y tú crees que eso puede hacerse con una mujer como yo, sin más ni más? ¿No te creiste en el deber de darme explicaciones, que digo explicaciones, ni un simple aviso siquiera? Hijo, tus... ideales, según parece, te hacen descuidar los hábitos de la buena... iba á decir educación... ¿O te figuraste que una... amistad como la nuestra no valía la pena de un pretexto para ser anulada? ¡Iluso! ¿Has querido demostrarme que, huyendo, estabas aun más cerca de mí?

CARLOS.—¡Luciana!

LUCIANA.— Recuerda que otra vez huiste... (*Pausa*). Sólo has ofendido un poco mi vanidad... Me había hecho la ilusión de que, gracias á mi influjo, ya eras un hombre libre de ideas vulgares, un espíritu superior... Sin embargo, parece que prefieres pertenecer al público antes que pertenecerte á ti mismo. Pero también para eso ya es tarde. (*Transición de Carlos*). Ya es tarde: tú ni perteneces al público ni te perteneces á ti mismo.

CARLOS.—Luciana, ¿qué quieres decir?...

ESCENA VI

Dichos y SOFIA (por la derecha).

SOFÍA.—(*De adentro*). ¡Carlos! Carlos... (*Se conturba al reparar en Luciana. Luego, con timidez*). Hay un señor que pregunta por

ti... Me dijo que le esperabas. . (*Momento de indecisión.*)

LUCIANA.—(*A Sofía*). Hágalo pasar... (*A Carlos*). No descuide usted sus asuntos por mí, señor Bremont... Yo puedo aguardar. (*Sofía vase por la derecha.*)

ESCENA VII

LUCIANA y CARLOS

CARLOS.—Luciana, Luciana, ¿por qué has venido?

LUCIANA.—¿Es tu hermanita, verdad? Muy mona. Tiene eierto aire, pero no se te parece gran cosa.

ESCENA VIII

Dichos, DANIEL y SOFIA

SOFÍA.—(*Cruza la escena y vase por el foro.*)

CARLOS —(*Bajo*) ¡Daniel!

LUCIANA.—(*Id*). ¡Ese hombre aquí!

DANIEL —(*Humilde y receloso, se inclina ante Luciana. Luego á Carlos*) Creí encontrarle solo... No pensé que le molestaría... (*Indica á Luciana, saludándola de nuevo*). Hoy es tamos á dos del mes, y como...

CARLOS.—(*Turbado, rápidamente, como para impedirle que hable*). Sí... sí... ya sé... Hablaremos... luego, luego...

DANIEL.—Estamos á dos del mes...

CARLOS.—(*Nervioso*) ¡He oído! Se arreglará... Luego, dentro de un rato...

DANIEL.—Bueno, aguardaré... (*Hace como para sentarse en el sofá.*)

CARLOS.—No... aquí no. Tengo que atender... un asunto... (*Indica á Luciana.*)

DANIEL.—No puedo retirarme sin haber...

CARLOS.—¡He dicho que se arreglará!

DANIEL.—Para eso he venido Estamos á dos del mes, la fecha que usted mismo ha fijado ..

CARLOS.—Está bien, está bien. Tenga la bondad de volver dentro de un rato, de media hora.

DANIEL.—Es que. .

CARLOS.—¿Callará usted, sí ó no?

LUCIANA.—Déjalo que hable. (*A Daniel*). ¿Es usted... Daniel?

CARLOS.—(*En tono de amenaza*). ¡Daniel!

DANIEL.— (*Indicando á Luciana*). Sería descortés... (*Inclinándose ante Luciana*). Para servir á usted, si, señora... rita... señorita.

LUCIANA.—Puede usted llamarme señora

DANIEL.—Me llamo Daniel, si señorita... ñora. Mi buen corazón es notorio. No puedo ver sufrir á nadie. Y cuando acuden á mí para salvar momentos difíciles, siempre me hallan dispuesto...

LUCIANA.—No necesita decir á usted más..¿De cuánto es la letra?

DANIEL.—(*Rápidamente*). ¡Dos! Son dos letras.

CARLOS.—¡Daniel! ¡No, no!

LUCIANA.— *Con firmeza)*. ¡Carlos!

DANIEL.—*(A Carlos)* Sería descortés... (*A Luciana*). La suma no es gran cosa para ust... para el señor Bremont... Pero, para mí... ¿Qué quiere usted?... Los tiempos son tan malos...

LUCIANA —¿Trae con usted esas letras ó no?

DANIEL —Estamos á dos, el plazo termina... (*Saca las letras de una cartera.*)

CARLOS —Yo las pagaré. Espérese usted, Daniel...

LUCIANA.—¡Entréguemelas!

CARLOS.—¡No, Luciana, no!

DANIEL —(*Con desconfianza*). Pero... ¿la suma?

LUCIANA.—(*Arrancándole los papeles de la mano*). ¡Entréguemelas, he dicho!

DANIEL.—¡Señora!...

LUCIANA.— (*Mira la suma, estruja los papeles y los deja sobre el escritorio*). ¡Por quien me ha tomado usted! (*Saca de la cartera unos billetes de banco y los arroja á los pies de Daniel.*)

CARLOS.—No, Luciana; tú no, tú no... Luciana, no hagas eso, no me humilles...

DANIEL.—(*Después de recoger el dinero y examinarlo, á Carlos*). Ya sabe usted que estoy á su disposición siempre que me necesite...

LUCIANA.—¡Salga usted de aquí!

DANIEL.—Si señora, pero después de ofrecer á usted mis servicios... (*Vase por la derecha.*)

ESCENA IX

LUCIANA y CARLOS

CARLOS.—¿Por qué has hecho eso, Luciana?

LUCIANA.—¿Crees tú, acaso, que yo podía permitir?

CARLOS —Yo hubiera pagado.

LUCIANA.—¿Recurriendo á otro prestamista? (*Transición de Carlos*). Muéstrame tus recursos.

CARLOS.—¡Si mi madre llegase á saber, Dios mío!

LUCIANA.—Nadie tiene porqué saberlo. Y ahora una advertencia, óyela bien: no te permito que estrujes mi amor propio con estas miserias. No quiero que me expongas á sufrir humillaciones. Mi dignidad ante todo. Yo no tolero que por culpa de tus... escrúpulos me lancen á la cara frases de doble sentido. Piénsalo. Tú eres para todo el mundo... lo que tú sabes: el predilecto. Con que así...

Carlos.—No, no, Luciana: lo que tú pretendes es una indignidad, una infamia...

Luciana.—¡Carlos! ¡Ese tono!...

Carlos.—Perdóname, perdóname; no quise ofenderte, no quise ofenderte... Pero, no me envilezcas. Yo te devolveré ese dinero, sí, sí: dentro de un rato. ahora mismo. Ten lástima, no me precipites. Yo pagaré, yo pagaré; déjame. déjame. Ten lástima, te lo pido por mi madre, no me pierdas. Yo me debo á mi obra, á mi labor, á la misión que acaso Dios me ha señalado: al ideal, al noble y fervoroso ideal de mi obra, y para llevarla á cabo necesito conservar la pureza de mis acciones y los ardores de mi fe: sí, creo en las acciones morales de la vida; despójame de esa creencia y habrás muerto la esencia misma de mi vida: la fe. Toma, toma; esto es tuyo, es tuyo, hasta que pueda pagarte... toma, toma...

Luciana.—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Carlos.—(*Retrocediendo*). ¡Luciana!... ¡Luciana!...

Luciana.—¡Iluso!

Carlos.—¡No!

Luciana.—¡Iluso, sí! Tú no trabajas porque ya no hay nada en ti.

Carlos.—¡Luciana!

Luciana.—Tu labor, tu obra, tu fe son mentiras...

Carlos.—¡No, no no!

Luciana.—Mentiras, mentiras, sí, sí...

Carlos.—¡No, no, no! (*Se deja caer en una silla junto al escritorio, llorando*)

Luciana.—(*Simultáneamente*). ¡Ja! ¡ja! ¡ja! (*Pausa sostenida*). Recoge esos pagarés y acabemos. No me gusta prolongar estas situaciones, sobre todo cuando son innecesarias. No tomes las cosas tan á lo trágico.

La vida es alegre. Ven á casa, y en lo sucesivo procura no cometer tonterías. Recoge esos pagarés y rómpelos... ya me agradecerás que yo los haya pagado. ¡Chiquillo!

ESCENA X

Dichos y ANA

ANA —(*Por el foro, sin ser vista, oye las últimas palabras de Luciana. Adelantándose*). ¡Carlos!...

CARLOS.—(*Poniéndose de pie.*) ¡Mi madre!

LUCIANA.—(*Retrocede atemorizada, sofocando un grito*)

ANA.—¿Qué significa esto? (*Va hacia el escritorio, recoge los pagarés, y, después de examinarlos, lanza un grito*). ¡Tú, tú, tú, Carlos! ¿Y esa mujer?... ¡Oh! (*Vacila, como si fuese á caer*).

CARLOS.—¡No, no, madre mía!

LUCIANA.—(*Se acerca á Ana para socorrerla*).

ANA.—(*Retrocediendo con terror*). ¡No! no se acerque usted á mí! no... no...

ESCENA XI

Dichos, MAURICIO, PAPÁ ANTONIO y SOFÍA, (por el foro).

MAURICIO.—¡Luciana aquí!

ANA.—¡La deshonra, la deshonra!

SOFÍA.—¡Mamá! mamá!

PAPA ANTONIO.—¿Quién es esta mujer?... Carlos, ¿qué ocurre?...

MAURICIO.—(*A Luciana, en voz baja, concitado*). ¡Luciana! No provoque usted mi indignación!

LUCIANA.—(*De espaldas, sin volverse*). Somos dos fuerzas iguales...

MAURICIO.—... que caminan en direcciones opuestas

LUCIANA —Y dos fuerzas iguales se anulan...

MAURICIO.—El hombre siempre es más fuerte que la mujer cuando nada tiene que temer de su amor.

ANA.—¡Esa mujer, esa mujer ha traído la deshonra en mi casa!

SOFÍA.—(*Abrazada á Ana*). ¡Mamá, me das miedo!

MAURICIO.—(*A Luciana*). ¡Lo oye usted!

LUCIANA.—Sí, sí... (*Mira fijamente á Carlos que está sentado junto al escritorio. Carlos la contempla como hipnotizado*).

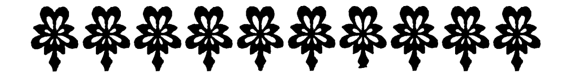
CARLOS.—(*Como respondiendo á una pregunta irresistible*). Sí... sí...

LUCIANA —¡Ah! (*Con aire de triunfo. Vase por la derecha*).

CARLOS.—(*Se pone de pie, y como Ana hace un ademán para detenerle, se vuelve amenazador.*)

MAURICIO.—(*Deteniéndola*). Sería inútil. (*Todos retroceden, para dejar paso á Carlos que sigue á Luciana.*)

TELON



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Sólo han desaparecido las cestas de flores. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

LUCIANA y LUCÍA.—(A través de los cristales, ó por estar las puertas del foro abiertas, se verán en el salón, formando distintos grupos, a Clotilde, Adela, Mauricio, Claudio, Jorge, Máximo, etc.)

LUCÍA.—Pero ¿qué tienes? Esa inquietud... esa nerviosidad... Te dirigen la palabra y no escuchas... Te distraes... Llamas la atención. He notado que te observan.

LUCIANA.—*(Mirando hacia el foro).* No importa. Déjalos, déjalos que observen.

LUCÍA.—Al menos me dirás...

LUCIANA.—Oye, Lucía. ¿No te pareció notar algo extraño en Carlos? ¿No te pareció algo agitado, febril?...

LUCÍA.—Carlos se modificó mucho en estos últimos tiempos. Ya no es el de antes...

LUCIANA.—*(Se conturba).* ¿Ya no es el de antes, verdad?

LUCÍA.—Pero, ¿qué tienes? Hablas de una manera tan rara. No pareces la misma.

LUCIANA.—Tienes razón. No soy la misma. *(Pequeña pausa).* ¿Has observado que en la

bondad siempre hay tristeza y hasta dolor, á veces?

LUCÍA.—Yo nunca estoy triste. Sin embargo, no creo ser mala.

LUCIANA.—Ah, Lucía, ¡qué engañadas vivimos!... ¡Qué poco significamos nosotras en la verdadera vida! Y la verdadera vida está en el bien... y que lejos está de nosotras...

LUCÍA.—Pero, ¿qué tienes? Yo no te entiendo.

LUCIANA.—La soledad me infunde terror.

LUCÍA.—¡Y por que has de verte sola! ¡Miren quien habla de soledad!... Tú que fascinas á quien se te ocurre...

LUCIANA —¡Calla! ¡Calla, por Dios! *(Pausa)*. La vida sin Carlos, hoy me parecería abominable.

LUCÍA.—¿Tanto le amas?...

LUCIANA.—Sí; y ese amor es como una expiación, como un castigo para mí.

LUCÍA.—¿De qué te acusas?

LUCIANA.—Mi culpa es grande, mi culpa es horrible; pero ¡oh! Dios justiciero, el castigo es tremendo. Me haces amar la vida que yo quise aniquilar, y me haces amarla en la hora irreparable quizá. *(Sordamente, adelantándose al proscenio)*. ¡Al fuego, al fuego! ¡Sólo el fuego que destruye purifica!

LUCÍA.—Tú deliras, Luciana.

LUCIANA.—¡Ojalá! ¡ojalá!

LUCÍA.—Tú deliras...

LUCIANA.—¡No, no, no! Sufro el mal de mi obra. Tú no sabes; ojalá lo ignores siempre, ojalá no lo sepas nunca. ¡Es terrible, es horrendo!

LUCIA.—Hablas para aturdirte, hablas como una demente.

LUCIANA.—Tú no sabes, tú no sabes que quiere decir apoderarse de una voluntad, pe-

netrar un cerebro, aniquilar, deformar una vida y arrastrarla en el vértigo para hacerla vivir otras existencias artificiales. ¡Oh, es monstruoso! Y yo, yo hice eso con Carlos, día por día, hora por hora, friamente, con la impasibilidad del que cumple una misión suprema, ineludible. Yo, yo hice eso con Carlos, ¡oh! ¡oh! *(Se cubre el rostro con las manos.)*

LUCÍA.—Vuelve en ti, Luciana.

LUCIANA.—*(Irguiéndose bruscamente, en actitud de inspirada)*. Si volver en mí es ser lo que antes fuí, Dios de misericordia, no lo permitas. *(Extiende la mano, como quien jura, solemnemente.)*

LUCÍA.—¿Pero tanto amas á Carlos?

LUCIANA.—¡Con toda mi alma! Un misterio inefable me dignifica. Hoy soy capaz de todo el bien porque ayer fuí capaz de todo el mal.

LUCÍA.—Pero, ¿cómo hablas?

LUCIANA.—No sé. Diríase que alguien me sugiere las cosas que digo, como en una dulce inconciencia. Pero á veces creo que ya preexistían en mí. Lo que ayer era una sombra impenetrable á mi razón, es hoy una verdad revelada á mi sentimiento, y sólo sé que la luz es en mi alma, que nace al amor por primera vez. ¡Carlos! ¡Carlos! *(Corre hacia él, que viene por el foro, izquierda, con Claudio.)*

ESCENA II

Dichos, CARLOS y CLAUDIO

CLAUDIO.—*(A Luciana)*. Impídale usted, Luciana, que diga esas atrocidades.

LUCIANA.—¿De qué se trata?

CLAUDIO.—De lo que él llama la renunciación

suprema. Dice que renunciar al ideal es renunciar á la mentira.

CARLOS.—Bien te diriges. Luciana, ya lo ves...

CLAUDIO.—¡Cómo! ¿Es Luciana quien te hizo creer que elevas el espíritu no trabajando?

LUCIANA.—No, no!... Carlos... Dejen de lado ese tema...

CARLOS.—Luciana...

LUCIANA.—Recuerda sólo que nos queremos, que te quiero.

ESCENA III

Dichos, ADELA y CLOTILDE

ADELA.—*(Formando grupo, á la derecha primer término. A Lucía):* ¿Te has enterado?

LUCÍA.—Sí.

ADELA.—¿Y bien?

LUCÍA.—Es absolutamente cierto. Luciana ha rehusado el contrato. No quiere alejarse de aquí.

CLOTILDE.—Eso yo no lo entiendo. Si continúa de este paso, su carrera artística queda truncada.

ADELA.—¡Mucho se cuida de ella!

LUCÍA.—Luciana es rica. Tanto da.

CLOTILDE.—(*A Luciana, que se acerca, mientras en el foro forman grupo Carlos, Claudio, Jorge, Máximo y Mauricio*). ¿Pero es posible, Luciana?

LUCIANA.—¿Qué?

CLOTILDE.—Que has rehusado contratarte.

LUCIANA.—Posible, posibilísimo.

ADELA.—¿Pero reflexionas?

LUCIANA.—Mira, no me hables de eso. Déjame.

ADELA.—¿Qué tienes, Luciana? Estás nerviosa.

LUCIANA.—Estoy nerviosa, eso mismo. No hagan caso de mí. Estoy nerviosa, muy ner-

viosa. ¿Dónde está Carlos? ¡Ah! (*Va hacia el foro, izquierda, y se reune al grupo en que está Carlos.*)

ADELA.—Chica, está desconocida. ¿Qué le pasará?

LUCÍA.—Pregúntaselo á Carlos.

ADELA.—¿Tú crees?

LUCÍA.—Hija, á la vista está. Si eso no es amor ¿qué es? Siempre sucede lo mismo: sabemos donde empieza...

MAURICIO.—(*Que se acerca*). Y á veces también sabemos donde acabará.

CLOTILDE.—Pues dígalo usted.

ADELA.—Sí, dígalo usted.

MAURICIO.—Pues... Pero, ¿de qué hablaban ustedes? (*Las tres mujeres se alejan, protestando. Luciana se junta con ellas.*)

MÁXIMO.—(*A Jorge, mientras ambos vienen hacia el proscenio*). Ese mismo que está hablando con Carlos. Es una mala persona. Estoy dispuesto á no seguir tratándole.

MAURICIO.—¿Claudio?

MÁXIMO.—El mismo.

MAURICIO.—¿Pero es cierto?

MÁXIMO.—Está demostrado.

MAURICIO.—Entonces, preséntemelo usted: quiero ser su amigo.

MÁXIMO.—Pero...

JORGE.—¡Oh!...

MAURICIO.—No se asombren ustedes. Esos á los cuales llamamos malas personas, son mis maestros. No se hagan ustedes ilusiones: nosotros formamos nuestro carácter al calor de las maldades agenas. En efecto, ¿qué puede enseñarme un hombre de bien, un perfecto caballero? Todas sus enseñanzas no harán más que exponerme á sufrir desengaños. El malvado, no; con éste sabe

uno á que atenerse. Mientras que esos á los cuales llamamos buena gente, nos sorprenderán á su tiempo. A mí jamás me hizo daño un malvado; siempre fué una persona de bien. *(Va hacia el foro, izquierda, acompañado de Máximo. Tiene lugar la presentación, saludos, etc.)*

LUCÍA.—*(A Luciana, aparte)*. Trata de disimular: estás preocupada hasta llamar la atención...

LUCIANA.—Tus observaciones acabarán de trastornarme...

MAURICIO.—*(Viniendo hacia el proscenio con Claudio y Carlos)*. Es usted amigo de Carlos, según veo.

CLAUDIO.— Fuimos condiscípulos. Amistad antigua por lo tanto.

CARLOS.—*(A Mauricio)*. He preguntado por usted algunas veces durante su ausencia. Hace algún tiempo que no se le ve por aquí.

MAURICIO.—También es cierto que á usted no se le ve en otra parte...

CARLOS.—Salgo poco. No visito á nadie.

MAURICIO.—*(Con intención)*. Vive usted retraído, lo sé. ¿Por de contado trabajará usted en alguna obra nueva?...

CLAUDIO.—Eso mismo le preguntaba yo hace rato; pero Carlos tiene tales ideas hoy...

CARLOS.—No ¿Trabajar? ¿Para qué? *(Al notar en Mauricio un movimiento de asombro)*: Ah, es verdad. Ya no me acordaba. Ha pasado algún tiempo desde la última vez que nos vimos. Es verdad. No, amigo mío, no. He renunciado á la mentira. Ya no escribo. Mi vida está libre de mentiras ó de ideales, que es lo mismo. Oh, ya tendremos ocasión de hablar. Me he transformado. No;

digo mal: Luciana fué quien hizo de mí un ser realmente superior.

LUCIANA.—*(Que ha seguido el diálogo anterior con inquietud, dice á Lucía durante el mismo)*: ¡Calla! Déjame oir... *(Luego á Carlos)*: ¡Carlos! Carlos... Perdonen ustedes. *(Luciana y Carlos se alejan.)*

ADELA.—*(A Mauricio)*. ¿Nos contará usted, por fin, que hizo durante su ausencia?

CLOTILDE.—Rehusar ya sería descortés...

MAURICIO.—¿Tanto se interesan ustedes por saber que hice en mi temporada de retraimiento?

LUCÍA.—Dado el personaje, su acción debe ser por lo menos curiosa.

MAURICIO.—No tanto como usted... no tanto como usted supone.

LUCÍA.—Ah...

MAURICIO.—Pues en estos últimos tiempos me he dedicado á estudiar... *(Movimiento de asombro)*. Si, señores: me he dedicado á estudiar el retroceso en el progreso de la humanidad. (*Asombro y exclamaciones.*)

LUCIANA.—¡De la humanidad! ¿Ha visto usted la humanidad?...

MAURICIO.—¿No estuve lejos... de su lado?

CLOTILDE.—¡Vuelve peor que antes!

ADELA.—Ya estamos.

MAURICIO.—*(A Jorge)*. Ahora verá usted como yo trataba la cuestión con mayor amplitud. Porque han de saber ustedes que Jorge opina como yo al respecto.

JORGE.—Yo sostengo que existe un progreso ficticio; pero que en el fondo todo decae.

MAURICIO.—Lo cual es indiscutible. Tomemos uno de los tantos ejemplos evidenciados por la ciencia cada día. Uno de esos fenómenos por medio del cual un ser extraño se apodera de nuestra voluntad y anula

nuestra inteligencia: la sugestión. *(Mira á Luciana intencionadamente.)*

ALGUNOS.—*(A la vez)* ¡Oh! ¡Vaya un tema! Eso no es serio...

MAURICIO.—¿Saben ustedes cuántos crímenes se llevan á cabo cada día en virtud de la sugestión? Sin embargo, el código penal. no sólo no lo prevee sino que ni se preocupa de ello. Afirmo que el progreso nos lleva á la impunidad por la libertad misma. Observen usted..,

MÁXIMO.—*(Interrumpiendo).* Yo observo, yo observo,..

MAURICIO.—No, porque para observar hay que ver...

MÁXIMO.—Bueno, y yo...

MAURICIO.—Y usted es corto... de vista. *(Indica la cabeza.)* Decía, pues, observen ustedes, y verán que hoy todo es contradictorio. En la forma hay un progreso indiscutible, así como en el fondo existe un retroceso indiscutible también.

LUCIANA.—Según usted el supremo ideal del progreso sería suprimir la libertad.

MAURICIO.—*(Con fuerza).* La libertad del mal. sí, señora. *(Pequeña pausa.)*

CLOTILDE.—Es un tema qua exige mucha seriedad...

MAURICIO.—Trataré de amenizarlo. presentándolo bajo el aspecto más agradable: relacionándolo con la mujer.

MAXIMO.—La mujer es un instrumento del diablo... Lo dijo San Bernardo.

MAURICIO.—El primero que comparó la mujer á una rosa era un poeta, el segundo un imbécil. Lo dijo Voltaire...

MÁXIMO.—Ah, si lo dijo Voltaire...

LUCIANA.—¿De qué nos va á hablar, si puede saberse con anterioridad?

MAURICIO.—Del amor.

ALGUNOS.—¡Oh, eso ya es otra cosa!

MAURICIO.—¿No he prometido amenizar el tema? La mujer es.. lo que he dicho otras veces, y el objeto principal de algunas de ellas es sacar partido del error y, sobre todo, del error fatal al hombre. *(Algunos tratan de protestar.)*

MAURICIO.—*(Levantando la voz)*. El amor... *(Los demás se calman exclamando)* ¡Ah!

MAURICIO.—El amor... pero antes permítanme ustedes una observación de orden general. La mujer es con frecuencia contradictoria porque posee una sensibilidad variable y siempre excesiva. *(A las mujeres)*. Esto puede oirse porque es un elogio.

JORGE.—Pero ¿por qué se aparta usted de su tema?

CARLOS.—Si, ¿por qué? Confieso que había llegado á interesarme.

MAURICIO.—*(A Luciana, con intención)*. ¿Y, á usted no?...

LUCIANA.—Veamos...

MAURICIO.—Pues trataré de ser explícito.

LUCIANA.—*(Bajo á Máximo)*. Impídale usted que hable.

MAURICIO.—Decía...

MÁXIMO.—*(A Mauricio)*. ¿Cómo era aquello de la mujer?...

MAURICIO.—Que se calle usted la boca.

MÁXIMO.—Sí, señor. *(A Luciana)*. Ya lo ha oído usted.

MAURICIO.—Decía que existen culpables que gozan de la impunidad más completa: son generalmente nuestras amadas, aquellas á las cuales nos entregamos con fé ciega, sin previsiones y sin reserva alguna. Y como la mujer triunfa siempre en el mal, se insinúa en nosotros con dulces crueldades, y

nos a-ni-qui-la. (*Mirando á Luciana*). Esto, como es natural, se refiere únicamente al amor-vanidad. Oh, no se asombren ustedes. La vanidad, en amor, hizo cometer más pecados á la mujer que la pasión misma.

JORGE.—Somos injustos. Ellas nos dan todo lo que pueden darnos

MAURICIO.—Sí, pero nos quitan más de lo que deberían, y nos pierden.

CLAUDIO.—¿De qué manera? Qué nos hacen?

MAURICIO —¿Qué nos hacen? Intoxicarnos el alma, deformarnos el espíritu, quebrantarnos la existencia.

JORGE.—Y ¿qué debiéramos hacer en ese caso?

MAURICIO.—¡Matar!

CARLOS.—(*Carlos como alucinado*). ¡Matar, sí!

LUCIANA.—¡No! Carlos!

MAURICIO.—(*Dominando la agitación general*). ¡Matar! Pero como eso es una brutalidad... no lo hacemos y dejamos que nos envenenen. ¿Qué tal, eh?

LUCIANA.—(*A Lucía y á Clotilde, bajo*). Traten ustedes de marcharse, con cualquier pretexto. Déjenme sola...

LUCÍA.—El tema es interesante, no cabe duda; pero no es el más indicado para finalizar una tertulia. Es tarde... estamas fatigadas.

CLOTILDE.—Y nos marchamos...

MÁXIMO.—¿Ha llegado el momento de repetir su máxima acerca de la mujer...

MAURICIO.—Pregúnteselo usted á Luciana...

CLAUDIO —(*A Carlos*). Con que, á descansar. Ya sabes que á mi aún me sopla la musa.

CARLOS.—(*Hosco, febril*). Peor para ti.

ADELA.—Hasta mañana, Luciana.

LUCIANA.—Adiós, Adela. (*A Carlos*). Acompáñalas tú, Carlos. (*Vanse todos, menos Mauricio y Luciana*).

ESCENA IV

LUCIANA y MAURICIO

LUCIANA.—*(Desde el fondo de la escena mira á Mauricio que se ha quedado absorto. Luego se acerca á él y ambos se miran sin hablar. Después Mauricio mueve cómicamente la cabeza como interrogando y, por último, tras breve pausa).*

MAURICIO.—Los grandes dolores son mudos.

LUCIANA.—¿Por qué es usted así?

MAURICIO.—¿Cómo?

LUCIANA.—¿Por qué ha dejado usted acumular tanta amargura en el fondo de su alma?

MAURICIO.—Uh, por distracción... Pero ¿hay amargura en el fondo de mi alma?

LUCIANA.—Sí, ¿por qué la hay?

MAURICIO.—¿Quiére usted saberlo? ¿De veras?

LUCIANA.—Sí.

MAURICIO.—Pues para evitar que...

LUCIANA.—Continúe usted. Es una explicación que nos debemos.

MAURICIO.—¿Confesión?

LUCIANA.—No, confidencias.

MAURICIO.—El momento no es malo: aprovéchelo usted porque no se repite con frecuencia... y porque entre nosotros es más probable el choque que la alianza.

LUCIANA.—Ya no, Mauricio, porque me asusto de mi misma. Amo á Carlos con toda mi alma, y daría mi vida por no verle como yo misma quise que fuese. He jugado demasiado con mi amor y con el suyo, y él venció. ¡Chist! Viene Carlos.

ESCENA V

Dichos y CARLOS (por el foro)

LUCIANA.—*(Tendiéndole la mano á Mauricio).* Hasta mañana, amigo mío...

MAURICIO. — *(La mira intensamente. Luego):* Buenas noches. Adiós, Carlos.

CARLOS.—Adiós. *(Vase Mauricio por el foro).*

ESCENA ULTIMA

LUCIANA y CARLOS

LUCIANA.—¿Te acuestas, Carlos?

CARLOS.—*(Hosco).* Sí; quisiera dormir indefinidamente.

LUCIANA.—Carlos...

CARLOS.—Ahora lo puedo todo porque no aspiro á nada. Hay una fuerza inefable en la renunciación absoluta. Tú has hecho de mi un dios...

LUCIANA.—Carlos... acuéstate... ya es tarde...

CARLOS.—¿Has visto con qué entusiasmo hablaba Claudio de sus obras proyectadas? El no sabe qué significa elevarse hasta prescindir da la vida exterior. Me daba lástima. Y pensar que, al oirme, me miraba como si me compadeciera. ¡Qué sabe él! Hay que vivir la poesía de la vida espiritualizándola en nosotros para nosotros mismos. El no sabe esto. El ignora, como lo ignora la muchedumbre, que hay una superioridad muy grande en el que consigue reprimir, sofocar, aniquilar, aniquilar, sí, los instintos de exhibición. Oh, Luciana, no lo saben bien no.

LUCIANA.—Carlos, retirémonos á nuestras habitaciones...

CARLOS.—No lo saben, no. Yo tampoco lo sabía; tú Luciana...

LUCIANA.—No, Carlos...

CARLOS.—(*Con fuerza*). ¡Sí! Fuistes tú, tú, tú! Tú has hecho de mi lo que soy: un ser superior. Yo veo ahora todo el desdén, toda la fuerza que se necesita para llegar á lo que yo llegué. Ah. ellos no saben, ellos no saben qué quiere decir conservar la absoluta posesión de sí mismo. A mí, á mí ya no me sería posible tomar por confidente un público, ya no me sería posible ofrecer el espectáculo de mis pasiones: me daría vergüenza entregárselas para que las juzgue. ¿Sabes qué se atrevió á decirme Claudio? Que yo ya no podría trabajar aunque quisiera. Y esto lo dijo como quien señala un mal y se complace en ello! Ya no puedo escribir aunque quiera! Pero yo he conseguido lo que muy pocos consiguen: cerrarme á todo influjo exterior, impedir que el fervor de mi alma corra por ahí, convertido en materia de explotación por manos mercenarias. No, no escribo la poesía de mi vida, pero la vivo: la poesía que alimentaba mis sueños hoy idealiza mi propia existencia; ya no escribo, ya no puedo escribir, porque yo mismo quise no poder, sofocando, aniquilando mis sueños, los sueños de mis quimeras, ¡la mentira! ¡la mentira!

LUCIANA.—(*Durante las últimas frases de Carlos retrocede aterrorizada y dice, tapándose los oídos*). ¿Qué he hecho, Dios mío? ¡No! Carlos, ¡no! no! no! (*La voz de Luciana domina la de Carlos Pequeña pausa*)

LUCIANA.—No, Carlos, no. Escucha. Lo que tú dices no es, no puede ser, Carlos.

CARLOS.—¿Qué dices?

LUCIANA.—¡Yo enloquezco!

CARLOS.—¿Qué dices Luciana?
LUCIANA.—No sé, no sé, Carlos.
CARLOS.—¡Luciana!
LUCIANA.—Eso que tu afirmas no es, no es verdad. En tí nada se ha destruído... Yo no quiero, yo no quiero...
CARLOS.—Luciana...
LUCIANA.—Tú aun lo puedes todo! nada se ha perdido... Yo te engañé... ¡No! no!
CARLOS—¿Tú me engañaste? ¡Ah! (*Carlos ya casi fuera de sí, corre hacia ella Luciana que está á la derecha del procenio huye hacia el foro. Carlos la detiene; luchan*). ¡Tú, Luciana, tú hiciste eso conmigo! Tú, habla, habla, tú—(*Dejándose caer sobre una silla*). ¿Qué te había hecho yo Luciana?... (*Pausa*). Y así, toda mi vida se desvanece como un sueño. ¡Y por tí me he quedado sin familia! Lo he perdido todo, todo... ¿Todo? ¡No! no! (*Se yergue con ímpetu*). No: ¡quiero trabajar! quiero trabajar! quiero trabajar!
LUCIANA.—(*Abrazándole*). Carlos, Carlos: cálmate...
CARLOS.—Devuélveme mi fé; quiero trabajar, devuélveme mi fé...
LUCIANA.—Sí, sí, Carlos: cálmate, sí. sí...
CARLOS.—¿Qué te había hecho yo? Qué te habia hecho?...
LUCIANA.—Cálmate, cálmate, Carlos...
CARLOS.—¡Déjame, déjame... no te acerques, no, no! (*Corre hacia la puerta, cierra. Luego*). Luciana, quiero saber, quiero saber...
LUCIANA—Yo estoy maldita, Carlos. Hay en mí un influjo maligno, una fuerza perturbadora. Yo estoy maldita.
CARLOS.—¡Habla, habla!
LUCIANA.—Sí, sí; pero no me lo pidas de ese modo, Carlos. Hablaré, diré la verdad, mi

verdad. Pero no me mires así, no podría hablar, y yo quiero, yo necesito hablar... *(Se deja caer de rodillas apoyándose á un sofá; luego habla con acento entrecortado, febril).* En ti había una superioridad que me atraía y que me humillaba. Yo te busqué, tú te resististe, y te amé rabiosamente, rabiosamente, sí. Y fuiste mío. Pero, no cual yo te quería: sumiso, dócil á mi voluntad y á mi capricho. Yo quería ostentar tu amor escarneciendo tu dignidad: no me habían enseñado á amar de otra manera. Oh, pero yo no llegaba á poseerte así, por entero: tu espíritu se cernía sobre todo, huía de mi alcance, te colocaba á una altura demasiado elevada para mí, herías mi amor propio, humillabas mi orgullo de mujer por todos agasajada, y yo sufría, sufría y me desesperaba, hasta que no pude más y te atraje para derribarte del pedestal en que te hallabas, y arrastrar tu alma á mis pies, vencida y sin la luz de tu fe, que era tu fuerza.

CARLOS.—*(Con ademán de amenaza).* ¿Qué era?

LUCIANA.—*(Deteniéndolo).* ¡No, no! Carlos, no. *(Pequeña pausa).* Déjame, déjame que continúe. En mi revelación hallarás la fe perdida. Déjame hablar. Tú has visto mis ojos, tú los has visto cuando entornan los párpados: en ellos está el olvido. Yo estoy maldita, hay en mí un influjo maligno, una fuerza perturbadora. S : yo me apodero de las almas que se reflejan en mis ojos; en mis ojos está el olvido. Y tu voluntad fué en mis manos como blanda cera y yo aniquilé tu voluntad y deformé tu espíritu. Déjame, déjame hablar: algo superior inspira mis palabras. *(Se acerca á Carlos caminando de rodillas.)*

CARLOS.—No, no te acerques; me das miedo; tú lo has dicho: estás maldita.

LUCIANA.—Es que te quiero, Carlos.

CARLOS.—Hay en ti un influjo maligno: él te inspira.

LUCIANA.—Pero ahora te amo, ahora te amo.

CARLOS.—Hay en ti una fuerza perturbadora: ella te impulsa.

LUCIANA.—*(Tapándose los oídos)*. ¡No, no! ¡Calla! Ahora no porque te quiero, porque quiero que vuelva á ti la fe en los altos ideales, porque quiero que la luz reveladora de tu alma nos envuelva á los dos en su beso purificador.

CARLOS.—Mi fe, sí, mi fe, ¡Luciana! No... no te acerques. Infúndeme valor tú, que todo lo puedes. Dime que mi espíritu vibrará aun al contacto de las eternas armonías; dime que... ¿Por qué agitas la cabeza, Luciana?

LUCIANA.—Te escucho, te escucho.

CARLOS.—¿Por qué agitas la cabeza? ¿Crees que ya no volverá á mí la inspiración de antes?

LUCIANA.—Sí, Carlos, volverá; y tú serás lo que eras, porque es mi cariño quien lo quiere, porque lo quiere mi amor.

CARLOS.—*(Llevándose las manos á la garganta, corre hacia el fondo)*. Me ahogo, me abraso: quiero huir, huir.

LUCIANA.—¡No, no! ¡Si te alejas de mi te pierdes! Sólo mi cariño puede volver á ti aquello que alejó mi odio.

CARLOS.—*(Dejándose caer en una silla, sollozando)*. Todo se obscurece en mí; el vértigo me arrulla. ¡Dónde está la luz, oh mi madre!

LUCIANA.—Carlos, junto á ti estuve en la hora

de la culpa; no me rechaces en la hora del arrepentimiento.

CARLOS. — *(Con desesperación).* ¡Pero si te quiero!

LUCIANA.—*(Se adelanta, siempre de rodillas, y hace como para besarle).*

CARLOS.—¡No, así no: en mis brazos: aunque tú ya no lo quieras, soy un dios!

TELÓN

ATRO ANTIGOO Y MODERNO

lección de las mejores obras dramáticas

á 1 peseta el tomo

—Ibsen.—*Halvard Solness.*
— » —*Hedda Gabler.*
— » —*Los puntales de la Sociedad.*
— » —*Un enemigo del pueblo.*
—**Strindberg.**—*La señorita Julia.*
—**Shakespeare.**—*Hamlet.*
—**Ibsen.**—*Casa de muñeca.*
— » —*La unión de los jóvenes.*
—**Balzac.**—*Lucha eterna.*
—**Ibsen.**—*Brand.*
— » —*El pato silvestre.*
—**Sudermann.**—*El Honor.*
—**Shakespeare.**—*Otelo.*
—**Ibsen.**—*Espectros.*
—**Shakespeare.**—*La fierecilla domada.*
—**Marlowe.**—*Fausto.*
—**Pagano.**—*Mas allá de la vida.*
—**Maeterlinck.**—*La intrusa.—Los ciegos.—Interior.*
—**Pagano.**—*El dominador.*
—**T. de Molina.**—*D. Gil de las calzas verdes.*
— » —*El vergonzoso en palacio.*
— » —*La Villana de Vallecas.*
—**Hauptmann.**—*Almas solitarias.*

24.—**Moratín.**—*El sí de las niñas.—El café.*
25.—**Calderón.**—*La vida es sueño.*
26.—**Ibsen.**—*La dama del mar.*
27.—**Dumas.**—*La dama de las camelias.*
28.—**Ibsen.**—*Rosmersholm.*
29.— » —*El niño Eyolf.*
30.—**Strindberg.**—*Padre.*
31.—**Sudermann.**—*Magda.*
32.—**Gener-Omedes.**—*El señor ministro.*
33.—**Pagano.**—*Nirvana.*
34.—**Payró.**—*Sobre las ruinas...*
35.—**Pagano.**—*Almas que luchan.*

A dos reales tomo

Anónimo.—*El diablo predicador.*
Jovellanos.—*El delincuente honrado.*
Labaila.—*Los comuneros de Cataluña.*

BIBLIOTECA SELECTA

		Pesetas
1	**Janet.**—*El materialismo contemporáneo.* (Agotada).	
2	**Ribot.**—*La filosofía de Schopenhauer.* (Agotada).	
3	**Salustio.**—*Conjuración de Catilina.*	0'7
4	**Janet.**—*Filosofía de la felicidad*	1
5	**Wagner.**—*Mis ideas.*	1
6	**Espronceda.** — *Desesperación. — Arrepentimiento..*	0'5
7	**Zola.**—*¡Yo acuso!*	0'5
8	**Nietzsche.**—*Mas allá del bien y del mal*	2
9	» —*Así hablaba Zaratustra.*	2

